Ayer Temprano

A la memoria de Natalia Ortiz

Ayer temprano en la mañana desperté y cuando salí al pasillo que da a la sala, justo antes de entrar en la cocina para prepararme el primer mate del día, lo primero que vi fue un pequeño muñeco de trapo tirado en el piso. Hacía muchos años no reparaba en él, no me detenía a observarlo, aunque lo sabía siempre conmigo en cada uno de los portafolios que había tenido durante aquel tiempo, allí había sido transportado acompañándome a donde quiera que yo fuese y, ayer volví a determinarlo de manera sorpresiva e inesperada. Me acerqué y lo recogí con cierta extrañeza, pues no se trata de cualquier muñeco, este es azul celeste, tiene un botón rojo que hace las veces de ojo derecho, el otro ojo es una costura en forma de equis, el rastro de un botón arrancado, un ojo clausurado, un ojo desabotonado de su rostro por alguna embestida de la vida; un parche rojo en forma de corazón hace las veces de barriga, tiene una cola redonda un tanto abultada, azul oscura, parecida a la de un conejo, pero no podría decir que se trate de un conejo: primero, porque nunca he visto un conejo con cola azul y además porque también podría ser un gato por la forma de la boca, aunque tiene orejas largas. Es un ser tiernamente grotesco, entre horrible y adorable que produce emociones encontradas; tiene una pata ligeramente más corta y flaca que la otra, pero solo un poco, es decir, solo si lo ves detenidamente notarás este defecto, lo mismo sucede con sus dos brazos.

Es lo único que me quedó de María, o más bien lo único que logré arrebatarle, porque cuando me enteré que se había muerto ya habían pasado cinco días y su entierro había sucedido hacía dos; entonces estaba trabajando en casa de un amigo cuando me llegó un mail de alguien que conocíamos mutuamente ella y yo, era corto. En tres líneas me decían que yendo en un taxi al aeropuerto con su novio el veintiocho de diciembre para pasar el fin de año en México, María se había quedado fría en brazos de él, un derrame cerebral. Yo no supe qué hacer, como ya me había sucedido con la muerte de mi hermano quince años atrás y también con la muerte de mi padre más de cinco años antes, sentí que era irreal, que no estaba sucediendo, pero también supe, por la misma experiencia de esas dos muertes, que María se había ido para siempre, que ya no era posible tener ese encuentro que habíamos planeado dos semanas antes, cuando casualmente nos habíamos encontrado en la calle un día cualquiera, sin saber que había sido nuestro último encuentro, nuestra despedida que nos había propiciado el destino.

Me había propuesto que visitara el nuevo departamento que compartía hacía un año con su novio para cocinar y beber vino, los tres, una noche cualquiera luego del año nuevo, y antes de que yo tuviera que volver a Buenos Aires el siete de enero. Ese día salí aturdido de la casa de mi amigo un instante después de leer el mail, llamé a casa la madre de María y por la noche estaba allí

mirándola de frente a través de mis lágrimas, con una sensación inexplicable, parado en la puerta de ese apartamento donde tantas veces había entrado, pasé entonces a la sala y todos estaban silenciosos.

Un rato después su madre me dijo que si quería ir a la habitación de María, allí podría ver todas sus cosas. Ella había empezado a recoger una a una y si yo quería quedarme con algo tan solo debía elegirlo, ella sabía que María estaría feliz de que yo tuviera un objeto con que recordarla.

Desde hacía mucho tiempo había empezado a construir muñecos y juguetes para niños, objetos muy bonitos con un sentido artístico, no producciones en serie, se trataba de cosas que yo no entendía muy bien pero que a la gente le gustaban, a veces más a los adultos que a los niños. Había una gran cantidad de cuadros, recipientes de pinturas, telas, recortes, objetos absurdos y todas las cosas que puede tener un artista plástico lleno de vitalidad y creatividad para producir sin tener que moverse siquiera de su casa, tirados por todos lados. En un rincón de la habitación avisté, en medio de algo parecido a la emoción, una serie de muñecos o monstruos que una vez hace muchos años ella me había mostrado, y allí estaba el monstruo que siempre le había querido robar y que ahora tenía en mis manos, algo aparentemente insignificante pero lleno de valor para mí.

Nunca estuve muy cerca de ella físicamente, fuimos amigos distantes hablando de los kilómetros que siempre nos separaron, pero paradójicamente muy cercanos, ella viajaba siempre por el mundo y tenía su paradero principal en Colombia, yo siempre en Buenos Aires la mayor parte del tiempo desde que nos conocimos. Era hermoso saber que vendría y que quería verme, porque cuando pasábamos el tiempo juntos eran infinitas las confesiones, corto el tiempo, y todos los temas eran bienvenidos, no había juicios de ninguna de las dos partes. Todo fluyó de esa manera por años, por muchos años. Ella estuvo a mi lado cuando hace más de diez años Ángela, la madre de mi primer hijo, quedó embarazada y yo sentí que el mundo desaparecía bajo mis pies, cuando toda mi vida parecía un terremoto que me consumía ella me hizo comprender cosas, siempre hay gente así en la vida de todos. Yo la sentía centrada, dueña de sus actos, muy superior a mí, capaz de tomar decisiones acertadas y de dominar sus pasiones, sus instintos, admirable, capaz de hacer todo aquello que yo nunca he sido capaz de lograr, ella siempre estuvo al lado mío a su manera.

Anoche, al llegar a casa dejé mi portafolios en el sillón de la sala y Antonio, mi segundo hijo, salió a mi encuentro dando algunos tropiezos con sus cortas piernas, lo alcé en mis brazos y le di un beso en la mejilla dejándolo nuevamente sobre la alfombra para ir al encuentro de Carmen, que hacía ruido en la cocina y el olor delataba la cena que tendríamos. La encontré de espalda, aderezando un plato de los tantos que cocina con maestría, la tomé en mis brazos desde atrás y le besé la base del cuello, el cuello de Carmen siempre huele delicioso y me gusta refugiarme en la intimidad de los suaves vellos que allí le crecen, pareciera que el tiempo no tiene efecto en ese sitio y me siento feliz cuando hago eso.

Después de cenar, mientras bebíamos una botella de vino, jugamos hasta tarde los tres en la sala, un divertido juego de palabras con el que algunas veces gastamos el tiempo. Antonio se quedó con mi portafolio cuando, agotado por el trabajo de la semana y el vino, yo me había ido a dormir. En

la mañana noté que había vaciado gran parte de su contenido en la sala. Suelo llevar siempre allí aquel pequeño monstruo como recuerdo de María y de la vida que nos unió, pero más que eso, como recuerdo de la vida y la muerte, como recordatorio de lo inesperadas que pueden ser cualquiera de las dos. Levanté entonces el muñeco y lo metí de vuelta en el portafolio, llené el termo de agua caliente y tomé el mate con la yerba y la bombilla, fui a la habitación de Antonio y noté que respiraba tranquilo en su cama cuna, lleno de paz, indefenso aún. Volví a la habitación y Carmen yacía de medio lado con las piernas y el culo descubiertos, respiraba tranquila, indefensa a pesar de todo, desnuda, me excitó verla así, dejé las cosas en la mesa, me acosté a su lado apretando suavemente mi cuerpo contra el suyo, la acaricié toda con suavidad y lentitud, parecía que su sueño se turbaba de repente, y sentí que su sexo se humedecía al roce de mis dedos, le susurré entonces algo al oído y me respondió abriendo ligeramente sus piernas, entonces me metí dentro de ella y me quedé dormido.

Por Jhon Moreno
Bogotá, febrero de 2014